

EL MOTÍN

Año XXXV.

Madrid, Jueves 1.º Abril 1915.

Número 13.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION

ALBERTO AGUILERA, 32, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

La semana sarcástica

Así debería llamarse este año la presente.

Conmemoración de la muerte de Cristo en los templos, y perpetración de millares de muertes de cristianos en los campos.

Ruido de mairacas bajo las bóvedas sagradas, y estampidos de bombas bajo la del firmamento.

Nubes de incienso dentro, y llamadas de incendio fuera.

Tinieblas bajo las naves, y reflectores en el espacio.

Cálices conteniendo la sangre del Redentor, y obuses vertiendo la de los redimidos.

Una madre sollozando al pie de una cruz, y millones de madres llorando ante una fosa.

Fieles postrados con las manos juntas, y soldados arrodillados para apuntar mejor.

Las aguas purificadoras del Jordán, mezcladas con las enrojecidas del Escalda.

La cruz, signo de redención, convertida en emblema de destrucción.

Sacerdotes celebrando el sacrificio de la Misa en trincheras encharcadas que esparcen la muerte.

Cañones de órgano lanzando notas á compás, y cañones de bronce vomitando metralla sin concierto.

Campanas tocando á gloria, y cornetas tocando á degüello.

Palabras de paz y amor en los labios, y frases de odio y exterminio en los corazones.

Millones de millones de oro y pie-

dras preciosas exhibidos sobre imágenes vestidas de purpura, y millones de millones de mujeres y niños desarrapados muriendo de hambre.

¡Y todo esto realizado al mismo tiempo, y tomando en boca el mismo nombre, el de Cristo, y atribuyéndose todos su representación, y hasta diciendo algunos que matan, roban é incendian por su mandato!

¿Concibió nunca la mente humana sarcasmo mayor?

JOSÉ NAKENS

Al cuaresmero de tanda

Señor Tortosa:

Tal era el buen concepto que de su hondo saber y de su gracioso decir me habían hecho formar las gentes, que tuve ánimo de matricularme en el curso de sus conferencias cuaresmales. La falta de tiempo me impidió este lujo: pero leí en *El Universo* el extracto de una de sus disertaciones, que me compensó el disgusto, convenciéndome de que habría sido tiempo perdido.

Era de la conferencia en que usted trató de la armonía entre la *Fe y la Ciencia*; tema, como otros muchos, que por pudor debiera omitir la Iglesia en sus libros y cátedras, por cuanto en su desarrollo lo más que puede acreditar es su habilidad sofística.

Vi el consabido argumento: «siento Dios el objeto de la Ciencia y el objeto de la fe, no cabe contradicción entre ellas, como no cabe en la identidad de su objeto». Algo á rancio sabe el ategatío y algo á insolencia suenan sus desplantes contra los que sostienen lo contrario. Yo entre ellos, que me siento tentado á brindarle á usted una discusión pública sobre el tema, en el Ateneo ó en la capilla de Palacio, si para el caso la prestan.

Como quiera que usted renunciará á tan bella ocasión de «dar testimonio de su fe» desde aquí le voy á deshacer el sofisma, negando la identidad de objetos de la ciencia y de la fe, aun considerados desde su punto de mira escolástico y filosófico. Lo que usted dice ocurría antaño, allá en los siglos anteriores á la Edad-Media, cuando la fe se producía libremente por la convicción re-

ligiosa, y pedía orientación á la Intelligencia.

Mas, esa época pasó: y tan pronto como la Iglesia fijó el *non-plus-ultra* cerrando el paseo á la mente del fiel para ir en busca de Dios por el camino de la verdad que se lo fuese descubriendo, desde aquel momento el Dios de Verdad dejó de ser objeto de la fe católica, y fué suplantado por el Dios de la Iglesia. Y desde entonces, señor Tortosa, en el mundo religioso se produjo la lucha entre la *Ciencia* y el *Dogma católico*; éste, negando ser Dios el que la *Ciencia* descubría; aquélla, obligada á defender el honor de Dios, de las falsas imputaciones y ominosidades que la Iglesia le atribuía. Y desde entonces, señor Tortosa, todo espíritu realmente religioso que ha intentado llegar medianamente al Dios-de-Verdad y de Bondad, de Belleza, ha tenido que saltar por encima de la Iglesia, la cual se ha reducido á disparar sus cañones y anatemas contra los que franqueaban sus fronteras.

¡El Dios de la Iglesia!... ¡qué horror... O si usted quiere, digamos la *Iglesia de Dios*... ¡qué otro horror!

¿Usted se atreve á traerlos al público juicio de la ciencia? ¡Cuánta temeridad! ¿Qué va á decir la Metafísica de un Dios personal único, que sin embargo tiene tres personas? ¿Qué va á decir la lógica-física, de un Dios inmenso, cuya personalización esencial es precisamente la inmensidad, y que, sin embargo, se encarna personalmente, como si pudiera desencarnarse de toda carne y desvincularse de su inmensidad? ¿Qué dirá la Sindéresis de un Dios, principio absoluto y supremo, inefable por esencia, y que, después de presentarlo tal, la Iglesia empieza á definir y explicar, negando con cada aserto explicativo aquella inefabilidad?

Pues, en cuanto á la martingala de la revelación, ¿qué va á decir, no ya la ciencia, sino la conciencia humana, de un Dios presentado como infinitamente superior al hombre y absolutamente inasequible, y que sin embargo se ofrece como personal y directamente revelado, siendo esta revelación la negación radical de aquella supremacía?

Si venimos al Dios sacramentario ¿qué dirá la ciencia jurídica de un bautismo administrado al sujeto sin éste enterarse, y cómo lo combinará con el dogma universal de la liber-

tad? ¿Cómo combinar la fe, *don de Dios*, con el precepto que la exige al hombre con pena capital?

¿Qué dirá la Química Biológica de una Eucaristía en que se produce un hombre vivo cabal y perfecto, pero sin extensión, sin órganos, sin capacidad biótica?

¿Qué dirá la Justicia inmanente, de una absolución sacramental que *borra el pecado en la conciencia*, burlando el derecho de las víctimas? ¿Qué se dirá de la *comunión con los santos* en el mérito, aplicable á los malvados, traído á la práctica como *comunión de los buenos con los malvados* en el provecho del crimen, de la cual tantos tesoros sacan los que se dicen santos?

¿Qué dirán la Geografía y cosmología, de la instalación del cielo y del infierno, desalojados de su domicilio por Galileo, y cuyos amos andan rodando por el espacio perseguidos del telescopio, sin atreverse á instalarse de nuevo?

¿Qué dice la Ética de un Dios que se permite declarar al hombre incapaz en absoluto de toda acción meritoria de premio eterno, por ser finito, y que sin embargo le declara cien veces infinito en el mérito de la culpa, con el cubilete de ser Dios el término ofendido en el pecado, como si no fuese el mismo el término honrado en la virtud?

¿Qué dirá la Honradez, de un Dios que se presenta autor libre de la Naturaleza declarada santa y ofrecida como cifra visible del autor invisible, y que á renglón seguido maldice la Naturaleza salida de su mano, y suscita una *Gracia invisible* que destruya la cifra visible, y deje al hombre totalmente desorientado?

¿Qué dirá la Probidad, de un Dios que da siempre la razón á la poderosa Iglesia, en sus despojos, inmoralidades, crímenes y lascivias, y condena siempre al débil y desvalido?

No, Sr. Tortosa: no valen ya sofismas. La Verdad, diosa ó Dios de la Ciencia, no es compatible y nada tiene que ver con el «dios de la Iglesia»: aquél es el Infinito en cuya busca irá siempre el sabio, sabiendo que no ha de alcanzarle plenamente: éste es el misérrimo, alcanzado por cualquier pecado, que se compra y se vende en el mercado piadoso.

El Dios de la ciencia es lo conocido y cognoscible; el de la fe, es lo desconocido é incognoscible: es decir, lo ignorado á perpetuidad, y sin embargo afirmado arbitrariamente. Aquel es el objeto de la MENTE universal: éste es el producto de la VOLUNTAD eclesiástica. Camino para aquél, es la libertad; para éste, la tiranía. De aquel es sacerdote todo sabio y todo ser racional: de este, sólo el clero. Aquél crece con la ciencia: é te vive de la ignorancia y en

la ignorancia fátua que se cree iluminada.

¿Cabe armonía entre ellos?

He aquí deshecho en su base el sofisma.

El objeto de la Ciencia es la Verdad universal; el objeto del Dogma, es el negocio eclesiástico.

Usted puede y debe saberlo, y podría y debería tratar de otros temas y no de éstos. ¡Pueden decirse tan bellas cosas desde el púlpito, sin ofender al prójimo y sin faltar al pudor filosófico!...

S. PEY ORDEIX

Este año ha sido suprimida en Palacio la ceremonia de lavarle los pies á doce pobres. En compensación le darán treinta duros á cada uno de los elegidos.

De seguro que lo prefieren. Y hasta se dirán:

Viviremos unos cuantos días de nuestros pies sucios, como otros viven en grande años y años de sus manos sucias.

La Semana Santa de antes y la de ahora

Los que dicen que cada día somos peores, que tenemos muy malas costumbres, que la civilización nos ha hecho impíos, y que, pecadores impenitentes, marchamos al abismo, suelen acrecentar sus amenazas de perdición eterna en estos días tan solemnes en que aseguran que nuestra impiedad hace contraste total, en daño nuestro, con la religiosidad y devoción que distinguían á nuestros antepasados de aquellos tiempos de la Inquisición, el absolutismo y de la intolerancia.

¿Qué tiempos aquellos!

Eso sí; los recuerdos auténticos, documentales que de ellos nos quedan, nos avisan y demuestran que no fueron tan envidiables como aseguran sus panegiristas, y que las gentes piadosas de antaño no dejaron grandes ejemplos que imitar en materia de celebración de las solemnidades religiosas.

Porque, en fin, impíos, como dicen que somos, descreídos y pecadores, no creo que en estos días de Semana Santa haya nadie que con seriedad pueda decir que en los tiempos actuales existe motivo alguno para que el gobierno temporal de la nación se crea obligado á dictar ninguna disposición gubernativa, ni á dirigir á los obispos una carta de ruego y encargo como la que dirigió el rey Felipe II al cardenal Pacheco de Toledo, arzobispo de Burgos, sellada con su real sello y refrendada por Juan Vázquez, su secretario, para que no le faltase ninguno de los requisitos de documento oficial y auténtico; carta cuya copia exacta se halla en la Biblioteca

Nacional (Código R. 78) y que transcrita literalmente, dice:

«Muy reverendo en Cristo, padre cardenal-arzobispo de Burgos, nuestro muy caro y amado amigo: por que havemos sido informado que en los días de la Semana Santa, en que con mayor respeto, devoción y reverencia se había de estar y asistir en las iglesias y templos á las misas, sacrificios, procesiones y otros divinos oficios que en ella se dicen [y celebran, y suelen hacer mayores excesos y pecados, en que Dios Nuestro Señor es muy gravemente ofendido, y como quiera que para proveer en ello de manera que se excusen y eviten los dichos pecados y excesos, se hos escribe y encarga en otra nuestra carta de la data de ésta que nos embieis particular relación con vuestro parecer cerca de las cosas que en ella vereis para que se pueda tomar la resolución que convenga, hos encargamos mucho que para esta Semana Santa ordenéis y proveáis que en las iglesias no se consienta en ninguna manera que el Jueves ni Viernes Santo haya comidas, meriendas ni colaciones aunque sea en la sacristía y tribunas, y que tengáis mucha cuenta con ordenar y proveer que la noche del Jueves Santo en las iglesias se ponga, en todas las partes de ellas que conviniere, las luces que fueren menester para que no estén oscuras y se excusen los dichos excesos é inconvenientes, y que así mismo diputéis y nombreis personas eclesiásticas y seglares de buen celo y espíritu que tengan cuenta con que no haya excesos ni deshonestidades en las dichas iglesias, y que también no se consienta estar en ellas mujeres rebozadas ni cubiertas, y que si algunos quisieren estar y asistir acompañando los monumentos donde está encerrado el Santísimo Sacramento, estén con su rostro descubierta, y asimismo ordenéis á los curas tengan cada uno mucha cuenta con visitar su iglesia aquella noche porque no haya en ella ningún exceso ni desorden.

Y porque para el buen efecto de ello será necesario el auxilio de la justicia, comunicaréis esta nuestra carta con los corregidores y justicias de esa ciudad y de los otros pueblos dando traslado, signado de escribano público; y mandamos á los dichos corregidores y justicias que cada uno en su jurisdicción den y hagan dar á vos, y á vuestros ministros y á las personas eclesiásticas el favor y ayuda que se le pidiere y fuere menester para el cumplimiento y ejecución de todo lo susodicho; y que si fuere necesario criar algunos alguaciles, para que en las iglesias, monasterios y hospitales, haya mejor recaudo en ello aquella noche para excusar dichos excesos, por

la presente damos comisión y facultad á los dichos corregidores y justicias para que les puedan criar en el número que les pareciese, advirtiéndoles el que sean personas de confianza y rectitud, y que asimismo provean y ordenen que aquellos días y noches en las puertas de las iglesias ni en las calles y partes donde ordinariamente se suelen y acostumbra vender golosinas, y confituras, y conservas, y otras comidas regaladas, no se vendan ni consientan vender por ninguna manera, que así conviene al servicio de N. S. Jesucristo, que en ello nos haréis mucho placer; y sea, muy reverendo in Cristo padre Cardenal Arzobispo nuestro muy caro y amado amigo, Nuestro Señor, en vuestra continua guarda. Madrid á 19 de Enero de 1575.—Yo el Rey.—Yo, Juan de los Arcos, secretario de dicho señor cardenal arzobispo de Burgos, y por mandado de su ilustrísima y reverendísima, lo he hecho copiar, corregir y concordar con el original que queda en mi poder por el dicho mandado. Burgos 28 de Marzo de 1575.—JUAN DE LOS ARCOS.»

De 1575, es decir, hace trescientos veinte años!... Carta de Felipe II: palabra de rey, y de rey tan rezador, devoto y decidido por la Iglesia como fundador de El Escorial, el que elevó á la Inquisición á institución del Estado y la unidad católica á dogma político, religioso y social.

No puede darse documento más categórico y expresivo. Viene á confirmar la historia de que por aquellas kalendas la celebración de la Semana Santa era un continuado jolgorio, y el Jueves y Viernes días de verdadero escándalo.

En las tinieblas de la noche del Miércoles Santo, y mientras que las más recatadas damas hacían sonar las matracas adornadas con figuras de Venus y de Cupido, los galanes atronaban los templos con grandes golpes, destrozando á estacazos altares, confesonarios y tarimas; el Jueves, según iba subiendo la devoción y la solemnidad de la fiesta, se entregaban las gentes á mayores excesos, la destemplanza y la embriaguez eran la característica del día, el populacho se reunía en grupos turbulentos que alborotaban y escandalizaban las calles, en las aguardenterías establecidas á las puertas de los templos, dentro de los templos mismos durante los divinos oficios.

Las turbas se encontraban á veces, se encontraban con harta frecuencia, y por cualquier nimiedad se declaraban enemigas y libraban batallas, esparciendo el terror por la población y convirtiendo los ataques en verdaderas dragonadas. En un Jueves Santo hubo seis muertes violentas—dice el Sr. Fernández de los Ríos en la *Gaceta de Madrid*;—vio-

lábanse los conventos, saqueábanse las iglesias, galanteábanse en público las monjas.»

El Viernes, los alcaldes de casa y corte, las justicias todas no podían descansar en busca de criminales, que no todos eran cogidos, ó porque sabían burlar la persecución de los alguaciles, ó porque resultaban personas de tal calidad que con ellas había que hacer la viata gorda.

El Sábado Santo, al amanecer, los disciplinantes, por vanidad y ser vistos, se daban sangrientos lazos en las espaldas, ofreciendo un repugnante espectáculo... La Semana Santa resultaba más bien tiempo de orgía y de escándalo que de recogimiento y devoción.

Al mismo tiempo que en el interior de los templos se iluminaba el monumento, en el exterior, á sus mismas puertas y alrededores; se establecían confiterías ambulantes, tiendas de vinos, frutas y conservas, buñolerías y aguardenterías para satisfacer el apetito y la gula, el vicio y la intemperancia de cuantos asistían á las iglesias.

Los galanes que fuera se solazaban con buñuelos y aguardiente, compraban confituras á las puertas de las iglesias y entraban en ellas á regalarlas á sus damas, que comían toda la tarde durante los sagrados oficios, holgándose en recibir los dulces en varias porciones y repetidas veces, porque á cada ofrecimiento y donación solía acompañar un profano beso, más dulce, sin duda, que los confites, puesto que las damas le recibían con bastante agrado, no embargante el coquetón melindre, como acredita el poeta que, encontrando á su dama en el monumento, llevó dulces, según costumbre, y

«... Luego qu' el cucurucho
abrí para regalarla,
forcé la mano á besarla
é no me la quitó mucho.»

Y eso era por la tarde, á la luz del día, algún tanto velada por las cortinas de las ventanas del templo; que por la noche, esas profanaciones, que en aquellos tiempos se tendrían por galantes nonadas, subían mucho su punto hasta convertirse en las deshonestidades á que alude y pretende evitar la carta de Felipe II, siendo las principales protagonistas de ellas las *arrebozadas* ó *rebozadas*, que con el rostro cubierto y tomando por disculpa su devoción en velar al Santísimo, citaban, para pasar allí la noche, á sus amantes.

Las comidas, las meriendas, las *colaciones*, como ellos decían, dentro de los templos, en las sacristías y en las tribunas eran verdaderas orgías: eclesiásticos y seglares llegaban en ellas hasta los últimos excesos de la gula y la embriaguez, sobreviniendo de continuo pendencias que muchas

veces fué preciso sofocar con alguaciles, que algunas ocasionaron crímenes memorables. Bien claro lo da á entender, y lo dice terminantemente Felipe II en la segunda parte del documento oficial arriba transcrito, y mil pruebas de todas clases nos ofrecen los escritores de aquellos tiempos, si pruebas y confirmación necesitara esa carta del soberano y la ciertísima verdad histórica de cuanto dejamos dicho.

«El escándalo ha llegado
en España á tal fomento,
que en banquete descarado
se convierte el monumento
de Cristo sacramentado.»

Así lo dice Gómez Riberano, poeta de aquel siglo, y de esta ó de otra manera nos dan repetidas noticias y demostraciones de ello todos nuestros autores clásicos, poetas ó prosistas.

Porque el escándalo y el exceso constituían ya costumbre, y la costumbre era tan general y tan persistente, que no se perdió en mucho tiempo... á pesar de esa orden oficial y terminante de Felipe II, tan riguroso en exigir el cumplimiento de sus mandatos, á pesar de otras determinaciones soberanas que fué preciso tomar, á pesar del Santo Tribunal de la Inquisición, que en los tiempos de aquel rey llegó al más grande apogeo de su influencia.

Que nos hablen, después de esto, de aquellos tiempos.

“Pido la palabra

Al Sr. La Cierva (hijo)

Distinguido señor mío: En *El País* de ayer 22 leo el relato de lo ocurrido entre usted y el profesor de esa Universidad, Sr. Jiménez Asúa. Estudiando éste los reformatorios de jóvenes leyó párrafos de mi libro *El correccional de Santa Rita*. Usted después de la explicación se acercó á él «para manifestarle que había herido los sentimientos de la clase con sus manifestaciones.» ¿Donde está á su juicio la causa de tal disgusto? ¿En los comentarios que acaso el Sr. Jiménez Asúa hizo á mis palabras? Si así es, nada puedo decir; empiezo por desconocer esas supuestas apostillas. ¿Lo encuentra en las afirmaciones rotundas de mi obra? ¡Ah!, pues entonces debo decir en este asunto. Sostenes las molestias que mis descripciones produjeron es negar veracidad á las mismas, toda vez que yo presento hechos descartando en absoluto subjetivismos y apreciaciones. Esos hechos, no yo, no mis prejuicios ó mis antipatías proclaman que los frailes de Santa Rita son ignorantes hasta la barbarie, ineducados hasta la grose-

ría, brutales en sus castigos hasta la crueldad, torpes en sus costumbres hasta la corrupción. De la exactitud de esos hechos responden los compañeros que subscribieron mis asertos y los que después me han entregado prueba escrita de su conformidad, respondo yo, responden los mismos interesados que no han intentado procesarme por evitar los riesgos personales; responderían á su tiempo los Tribunales de Justicia apreciando su verificación absoluta. Yo me permito arrogarme la representación de todos los amigos acusadores. Usted por lo visto ostenta legítimamente la de los incrédulos ó defensores generosos. Pienso con sinceridad que oyéndonos mutuamente se convencerían ustedes del error á que les inclinó no poco su benignidad juvenil; me afianzaría yo en la simpatía que siempre me inspiró toda defensa desinteresada y romántica. Por mi parte estimaré muy grato ese cambio de impresiones, no quiero decir esa controversia. ¿Lo aceptan ustedes? En caso afirmativo sírvanse señalar á su antojo y comunicarme fecha y lugar. Yo sólo pongo una condición: que el acto sea público para rectificar convenientemente si mi conciencia me denuncia e un yerro ó un apasionamiento. Así mismo deseo—esto como súplica—que sea usted quien hable en nombre de sus discípulos protestantes, ya que fué el primeramente designado por ellos. Es un egoísmo mío. No sé por qué me atraen los caudillos y usted lo ha sido pujante y talentado.

Me complace poder ofrecerme su servidor affmo. q. b. s. m.

ABRAHAM POLANCO

Valladolid 23-3 915.

(El País 21 Marzo 1915).

Lo de Santa Rita

He aquí la carta que el hijo de La Cierva envía al acusador de los frailes de Santa Rita:

«Madrid el 27 de Marzo de 1915.

Muy señor mío: recibo su atenta carta y agradezco mucho su cortés invitación, que lamento no poder aceptar, pues de hacerlo tendría que restar tiempo al estudio, que estimo es mi principal obligación.

Por otra parte, creo hay error en suponerme paladín de determinada tendencia en clase, pues me limité á rogar al Sr. Asúa en privado que procurase no herir los sentimientos de los que como yo opinaban; y lamento que incidente tan trivial haya tenido una publicidad que no deseaba, sin duda porque se ha querido dar al caso una importancia mayor de la que en realidad tiene.

Cuando termine mi carrera, lea su

libro y estudie á fondo el asunto, podré emitir juicio, que por no conocerlo en conjunto no puede ni ha pretendido juzgar nunca este su atento s. s. q. s. m. e. Ricardo de La Cierva.»

Está bien. El Sr. La Cierva no quiere perder el tiempo que debe á sus estudios en discutir un asunto que de ellos forma parte y que en la Universidad le señalan sus maestros como capitalísimo. Aprovechado alumno, desdena enterarse de problemas científicos y sociales sobre los que ha de ser examinado. Muy hábil y muy oportuno: Gedeón hubiese hecho lo mismo. Igualmente renuncia á responder de sus actos en imperativo de caballerosidad. También esto sería tiempo perdido para él, ducho en prudencias, aunque no lo fuera para mí, pródigo en arrogancias justas cuando como ahora emanan de la seguridad del deber cumplido.

El Sr. La Cierva no es *paladín de determinada tendencia en clase*, y sin embargo, él es quien habla al profesor en nombre de *los que como él opinan*. El Sr. La Cierva estudia el segundo año de Leyes. Ya aprobó Lógica el Sr. La Cierva.

¿Cómo el catedrático había de herir sentimientos de nadie? Se limitó á presentar mi libro como un testimonio del cual era responsable no él, sino yo. Protestasteis el testimonio ó le presentasteis advertencias, reparos. A mí, pues, los presentasteis. Los testimonios son veraces ó falsos. De haber considerado veraz el mío, debisteis callar. Todo lo demás era tildarlo valientemente de inexactitud ó insinuar ésta con villanía. Defended esas posiciones. Yo estoy presto á proteger las mías... No queréis. Señor La Cierva: ¿me autoriza usted para tachar de indecorosa su conducta?

«Cuando termine mi carrera, lea su libro y estudie á fondo el asunto, podré emitir juicio.» ¡Ah! ¿Pero el contradictor no ha leído mi libro? ¡Lástima grande es que yo repruebe todo ensañamiento! He aquí una bella ocasión para apelar al vapuleo. Lo renuncio... y además le felicito, señor mío: tiene usted mucho adelantado para hacer carrera política. Cualquier día es usted ministro y me retiene en la cárcel por algún artículo atrevido. Sus comienzos son una garantía.

Y ahora que con estas benevolencias á buen seguro habré conquistado su confianza, dígame en secreto, admirable señor: ¿de verdad ha leído usted esa carta á algún amigo en quien racionalmente pueda presumirse la sindéresis? Ahora comprendo por qué no deseaba la publicidad

del incidente. Eso no necesita explicármelo ni en secreto.

El suceso no merece el calificativo de trivial más que á medias: para mí, sí; para usted, no; para usted tiene mucha importancia, créalo.

Amable compañero: ha dado usted un paso en el camino del ridículo. En esa carta aparece dibujada la caricatura de un alma que no me atrevo á decir que sea la suya.

¿Qué temió el Sr. La Cierva? Soy joven como él, como él estudiante de esos mismos libros. ¿Qué ventaja podría yo llevar á la lucha?... Pero sí: yo tenía fe en mis ideas, la documentación de mis acusaciones, la honradez de mis propósitos... y un poco de sentido común. Acaso él, después de pasar revista á su arsenal, no haya podido reunir dos de estas armas.

Ha obrado cuerdamente mi adversario. Iba á una derrota segura. Le agradezco la retirada. Hubiese sido triste y lamentable mi viaje á Madrid para oírle cantar la palinodia. El dinero del billete ahorrado lo emplearé en comprar unos libros muy pulidos y atrayentes, de fondo negro y letras doradas, unos libros que huelan á unción. Ellos se encargarán de demostrarme que la resignación cristiana es cosa bien distinta de la cautela y de la cobardía.

ABRAHAM POLANCO

Valladolid.

La lámina de hoy

Diálogo posible, si en estos días en que se conmemora la pasión y muerte de Jesús, volviese él en persona á la Tierra y entrara distraído en uno de los templos donde dicen que se sigue su doctrina y se practican sus enseñanzas.

—Y dígame usted, ¿á quién representa esa imagen con traje tan rico y tan recargada de joyas?

—A María Santísima, madre del redentor del mundo.

—¿A la madre del que ensalzó la humildad y vivió en la pobreza? Imposible! ¡Pobre madre mía! ¡Cómo la han puesto!... ¡Ella tan sencilla, tan modesta!...

Sermón célebre

Aunque muy conocido, es tanta la gracia que tiene el pronunciado por el cura de Chaorna, pequeño pueblo que perteneció al ducado de Medinaceli, que lo reproduzco á continuación:

«Hoy, fieles míos, celebramos la fiesta del Santo Bernardo, sin que le falta ni sobre día; hoy lee la Iglesia nuestra madre el Evangelio que está escrito en la Biblia, aunque no falta



La explicación en la página cuatro.

Ayuntamiento de Madrid

quien diga que fué parábola; esto no lo entendedis vosotros, pero basta que sepáis como es el Evangelio del buen Pastor, que dice: *Pascua oves meas*: es preciso mezclar los Evangelios; así, pidamos todos las gracias diciendo: *Ave María*.

I

*Ego sum pastor bonus.
Ut supra et vox ecclesiæ.*

«Crió Dios á nuestro padre Adán, para que así viniese el primero al mundo, infundiéndole el sueño de las lecciones del breviario que yo rezo: *ob dormibit in Dominus*. Atended ahora un realce más que yo daré al texto. Dormía Adán, como digo, y no sé si de la tetilla izquierda ó zurda (que esto no lo declaran bien los doctores ni los expositores), crió Dios á Eva, la mujer más liviana que en aquellos tiempos se conocía. ¡Oh Santo Dios! Reflexionemos más este asunto.

«Antes que naciese Eva, era Adán hermoso, bello, corpulento, fornido, sagaz, bien quisto en todo el mundo; sus vecinos apetecían su conversacion; las monjas subían á hacerle sus visitas por mirarle; era, en fin, un narciso entre las lechugas silvestres. ¡Válgate Dios!, parece que le estoy mirando. Pero la pícaro Eva, gulumera, amiga de bailoteos, saber, eler, murmurar y reírse del prójimo, le hizo comer la manzana del árbol del Paraíso, á quien en pena de su desobediencia y disolución no permitió Dios que llevara más fruto que el de su tripa, y la castigó con la maldición. Pero ¡oh ansias crueles! ¡Cuántos Adanes y cuántas Evas hay en este pueblo de Chaorna! ¿Os parece, pícaras desolladas, que yo ignoro cuánto me murmuráis con mi ama, la más bella y corpulenta moza del pueblo? ¿Pensáis que no sé yo que me andáis royendo los zancajos, diciendo que si tornó, si volvió, si vino, si por arriba, si por abajo, si por delante, si por detrás, si gordo, si flaco, si alto, si bajo, si bueno, si malo, si chusca, si maja, si guapa y aun más; sí; todo, sí, todito lo diré en lengua castellana... Pero dejemos esto á un lado, pues como dice el gran doctor de la Iglesia, San Pantaleón: *clameres de borrico no llegan al cielo*.

«Pues bien: considerad que llegará aquel día, *dies ire, dies illa*, en que veáis que aun cuando ella y yo hayamos sido malos, no seremos los primeros; y si no, Arnoldo Alonso y la mujer de Juan Gil, que ya murieron, y que santa gloria hayan, digan cómo andaban; y digan también los bribones consentidores si lo consentían ó no; hable también la viuda de la huertecilla y la viuda de Máximo Andrés, que repito, ya murieron y que santa gloria hayan; digan cómo andaban; y para no cansarnos, todos

y todas las que me vienen consultando en mi cuarto, ó en mi confesonario, que hablen, y sabréis cosas primorosas y de mucho gusto, que habréis de taparos las orejas; y finalmente, diga el señor alcalde lo que me tiene consultado. Pues enmienda, pecadores; mirad que hay demonios que cargarán con todos los que me están escuchando, con todos los que me estén oyendo. No lo permita el Señor. *Vos estis lux, vos estis sal*.

«Ya os he probado el primer punto; paso al segundo, aunque tratar con vosotros es lo mismo que echar margaritas á puerco.

II

*Vos estis lux,
Vos estis sal.*

«¡Qué gran santo fué San Bernardo! Fué fraile mercedario de la Merced, con su escapulario y escudo con cruz y su hábito blanco; hizo muchas penitencias en los desiertos; dormía sobre la tierra y comía sólo las hierbas del campo; se daba azotes crueles y desaforados puñetazos sobre sus hombros. ¡Ojalá os los dieran á vosotros, bribones y bribonas que me estáis oyendo! *Vos estis lux, vos estis sal*. Comía nuestro santo la comida con ceniza y sin sal. *Vos estis sal*. Zurrábase la badana de lo bueno que yo he visto entre los de su tiempo; pero vosotros y vosotras, picaronazas de Chaorna, ¿qué hacéis? Zambra y más zambra, baile y más baile, bulla y más bulla, sin más honra que la Puerta del Sol de la ciudad de Madrid. Aquí te quiero ver, Perico de la Giringaina, ¡qué poco modo! Pues decidme todos y todas las de Chaorna, ¿cómo iréis ante el acatamiento de nuestro Soberano Dios? *Vos estis sal*. ¿Cómo han de ir vuestras luces á los ojos de los hombres? *Olvidant opera vestra coram omnibus*.

«Atended á este *coram*, que dice el texto, que es un busilis muy grande y oscuro. Sabed que quiere decir, según la pluma del águila más alta de la Iglesia, San Guillermo, que todo lo que se debe usar en este mundo ha de ser *coram omnibus* para la tierra, en opinión de Pedro Robero, y por la figura *análisis*. Pero vosotros, ¿qué entendedis de la figura *análisis*? De figurada si entendedis vosotros, malos cristianos, y vosotras, desolladas, pues todo en vosotras es figurada, y más figurada, y todo es *coram vobis* y más *coram vobis*, *luceas lux vestra*. ¿Cuándo, decidme, animales, merecéis vosotros tenerme por cura de esta parroquia de la villa de Chaorna? Y ¿cuándo habéis oído cosas tan bien dichas ni más al caso? Pues mirad lo que os digo: que si no hay enmienda, la sabré tomar yo con un garrote.

«De profundis clamavi ad te domine, dice una hoja rota á más de la

mitad de la Biblia que yo leo ó rezo, y quiere decir: *que de lo profundo clamaba la sangre de Abel que mató con una quijada vuestra á su tío Cain*. Y así, así clamarán vuestras obras, mientras en el día del juicio moriréis á manos de vuestras borricadas. ¡Oh hombres! ¡oh mujeres de Chaorna! Enmienda, hijos; enmienda, padres, y enmienda, hombres. No haya más iras, no haya más disoluciones, no más zaramandeos. ¡Jesús, Jesús! advertid la paz, *in terra pax monibus*. Atended, que estas son palabras del sabio Salomón, en el capítulo no sé si VIII ó CXXIII de su Evangelio; paz os encarga y paz os promete.

«Pardiez, que bien claro queda todo; no diréis que tenéis un cura tonto. Otro domingo tomaré otra idea, pues cuesta un ojo de la cara andar concordando los Evangelios.

«Dios nos asista con su gloria, que es prenda cercana de la gracia. *Amén*.

Y cuenta la historia que así que el rey tuvo conocimiento de este sermón, mandó dar al cura un beneficio simple, con prohibición de volver á predicar.

Si hoy se hiciera lo mismo con todos los curas que barbarizan desde el púlpito, el Espíritu Santo no tendría que molestarse mucho en inspirar cernícalos, porque no subirían tres al año á predicar.

Sermón del cura de Ciezar

Fué tan ólebre, que el obispo de Orihuela dijo al enterarse, que si el tal predicador moría sin arrepentirse de lo que había predicado, habría que aumentar el rezo el día de los Inocentes.

El hecho ocurrió á mediados del siglo XVIII, y lo transcribe con pelos y señales D. Antonio Flores, en uno de los cuadros de su magnífica obra titulada *Ayer, Hoy y Mañana*.

Dice así:

«*Passio Domini nostri Jesu Christi*. —Esta noche, fieles míos, esta noche, hijos de María, espero que os habéis de consumir en lloros, como yo lo he hecho hoy leyendo lo que pasó Jesús Nazareno en su sagrada pasión hace ahora 1741 años, sin quitar ni poner nada. Es cosa que os habéis de pasmar de oír los azotes que le dieron, las puñaladas, los tirones de cabellos, las voces que le daban y las cosas que le decían, pues á este fin habréis advertido que há más de ocho días que no salgo de mi casa sino á la tienda en que tiene Ginés el libro que dice todo esto, y en donde yo he compuesto este sermón que os tengo de predicar esta noche; y lo que siento es que los muchachos

le hayan quitado al libro más de cuarenta hojas, por ser Manuela una descuidada. Y aún me dijo el Domingo de Ramos: «Señor cura, si hubiese sentido su merced lo que leía mi Ginés al comienzo del libro cuando nos casamos, se hubiera pasmado.» Miren qué tonta de dejarlo, sino haberlo tenido en un arca bien alzado; no lo hace así con la saya de Dragole y el jubón de Salamanca, que lo guarda como oro en paño. *Passio Domini nostri Jesu Christi.*

«Cuenta el P. Ladislao, que es el autor de este libro, que cuando Jesús Nazareno conoció que iban de mala fe los que mandaban entre los judíos, que á uno de ellos le llamaban Pilatos, indigno de que se le nombre en el Credo, porque dicen que era hombre de mala vida; al otro le decían Caifás, que ahora le mudan el nombre en el libro que le doy lección á mi sobrino, y le ponen Gaiferos, un hombre sin alma, un pícaro guillotón sin honra ni vergüenza, lo mismo que el matrimonio Anás y Herodes, que eran muy malos cristianos. Estos son los que crucificaron é hicieron morir de mala muerte á ese que véis ahí enclavado y hecho una desdicha á puros golpes y azotes. Pero ¡qué se podía esperar de una gente que no oía una misa ni rezaba un rosario, amigos de comer y beber á costa de los pobres! Lo que ahora oiréis contar del alcalde mayor de Ciezar, que por una quimerilla de fritas y asadas que no importa un puñado de alcaparras, así pide los 50 y 60 reales como paja; y si no, miren lo que le ha sucedido al suegro de mi hermano Vicente, que porque sangró los asnicos en la esquina de la plaza, le dijo: «Vengan cuatro ducados y cinco reales para el ministro.» *Passio Domini nostri Jesu Christi.*

«Vamos á lo que vamos y á la Pasión, que yo en acordándome de estas cosas, y que los cuatro ducados se me han pegado en las costillas, me pongo hecho un borracho y no sé lo que me digo, y hablaré más disparates que el demonio. ¡Jesús sea con nosotros todos! Había en aquel lugar donde estaba el Señor y los judíos un tal huerto Gesthema-ni, lo mismo que aquí decís el huerto del cura, el huerto de Guillermo ó el de marqués de Beniél; pues como digo, recordándose Jesús de alguna vileza de aquellos malvados, fué á llorar y á hacer oración al tal huerto. ¡Nunca que hubiera entrado! Entonces un picarote desagradecido, llamado Judas, tejedor (que por eso me sabe mal que el síndico haya puesto á su hijo Pascualito á ese oficio), era un pobre diablo que nadie hacía caso de él. Pues, como vamos diciendo, y por haberle dado en su casa á Jesús el tal Judas con una mala intención como la del alcalde

mayor de Ciezar y casi tan ladrón como él, ajustó con los judíos que les entregaría á Jesús como le dieran treinta dineros ó reales de plata (porque yo siempre he oído decir que eran de plata, y por eso digo que no serían *dineros*). Pero vamos ahora: dime, Judas ladrón, más que ladrón, ¿qué te hizo Jesús para que le vendas y agarres el dinero? ¡Anda, que no te arrienda la ganancia; poco provecho te hará el dinero!

«Yo creo, oyentes míos, que Judas y el alcalde de Ciezar, los dos han de morir de mala muerte, y no tendrá éste una hora buena como no me devuelva los cuatro ducados. Fueron los sayones una gente horrosa, y se agarraron de éste que véis muerto y le ataron con sogas, y á tirones le llevaron por todas las calles y plazas y á las casas de los que mandaban, y le sentenciaron á muerte, y al instante le pusieron una cruz acuestas muy pesada: y yo he pensado muchas veces que esta cruz sería de *regalicia*, porque en medio del breviario, tratando de la Pasión, dice *dulce lignum*, que quiere decir leña dulce. Se me ha olvidado decir antes de lo de la cruz, que le dieron muchos azotes y puñadas á nuestro amado Jesús, y como dice el sagrado texto por boca de San Pascual Bailón: *Quid est homo, qui non plo-ret?* No hacía más que llorar. Después le llevaron al monte con la cruz acuestas, aquí caigo, allí me levanto, y ya, cuando Dios quiso, llegó al monte donde le habían de crucificar. Allí dicen que se movió tal gritería, que no se entendían, porque allí había franceses, portugueses, italianos, moros, judíos, y á no ser porque han pasado tantos años, dijera que también había estado allí el alcalde de Ciezar, y que había sido el peor de todos, porque es un perro ladrón que no hace más que judiadas. ¡Vean ustedes qué motivo para sacar los cuatro ducados! No más que no podré hacerme un balandrán para este verano, y sabed todos que lo voy pasando á puro de remiendos que le va echando ese sastre que viene de Murcia, que por mal nombre le llaman *Calenturas*, y *Frasquita la del Herrero*, que tiene manos para todo, y es lástima que no le salga un buen novio, porque es buena chica, y al que se case con ella le tengo de dar mis viñas y secanos arrendados.

«No quisiera ser molesto; pero en este sermón no se puede dejar una palabra, pues Jueves Santo no hay más que uno al año; y si este año tenéis la fortuna de que esté yo aquí, y os predico un sermón de tanta habilidad y tan claro, otro año tendréis un tonto que todo serás latines y majaderías: ya habéis visto los pocos que he predicado, y es que nunca me ha gustado que me turben, y en

perdiendo el hilo del sermón, bolo.

«No sé qué me daría para que supiera el señor provisor lo bien que lo he hecho y lo contentos que están del sermón, para que no me diga cada vez que voy á Murcia que soy un idiota ignorante, y que me ha de quitar la misa y me ha de poner en capuchinos: esto no es porque me quiera mal, sino que en dándole la melancolía, la pega con todos; pero ahora ya le entiendo yo las vueltas, porque el paje es muy amigo mío, y me dice que si él pudiera me había de hacer Obispo.

«También fueron contra Jesús Nazareno una cuadrilla de picarones que se llamaban baldones. Vosotros no sabéis quiénes son éstos. Pues bien: ¿habéis oído cantar á los ciegos de Murcia en la Pasión de Jesús *muerte y baldones*? Pues esos son, y de este linaje es D. Diego Yabaldán, alcalde mayor de Ciezar, que no me lo puedo quitar de la cabeza, y me estimaría más que lo tiraran, que ser cura de Alcantarilla.

Allí enclavaron al Señor, como lo véis en esa cruz, y no contentos con eso, fué un soldado que le decían Marco y le dió una bofetada; fué otro llamado Longinos, y, como dice el texto, desde lejos le tiró una lanza; pero lo que más sintió el Señor fué contemplar la ingratitud de los hombres, por eso sólo se entristeció tanto que, con ser tan pacífico, sin poder remediar dijo: *Ad dominum cum tribulatione clamavi*. Ahora discurre yo que nuestro buen Jesús volvió el rostro á los judíos, como dice el rezo de ayer, *quid retribuam Domino*, y dijo ó diría: «Esa mujer que véis ahí llorosa es mi madre, cuidado con agraviarla, pues hasta aquí seremos amigos;» bien merece que así se cuide de la que le dió el sér, y Dios se lo premiará, y no como los hijos de María Chobuen, que por un quitame las pajas ó por si fueron ó han de ir á las fiestas de Murcia, riñen con todos los de su casa y todo lo quieren llevar á tres de mal juego: no hemos sido así los hombres doctos, ni hemos tenido soberbia. ¡Cuántas veces me decía á mí mi padre que yo era un bestia, un borrico sin albarda, y que no rompería ningún púlpito, y por haberlo llevado con paciencia ha querido Dios que, por empeño del señor D. Antonio de Rueda, me nombrase el provisor vuestro cura y dignísimo prelado, y es que ha conocido mi sobresaliente determinación, como lo experimentáis en los entierros y misas mayores y en algunos asuntos que sabe el señor alcalde!

«Marías, llorad; llorad, hijos míos, la muerte de Jesús, y aunque parece que está muerto, bien ve lo que hacéis; y luego estará vivo, y los que os compadezcáis, no caerá en saco roto y los ingratos y rebeldes los cas-

tigará con la pena eterna.—*Quam mihi et vobis*, etcétera.

Advertencia. Los que se hayan de azotar mañana, acudan antes de las ocho, pues la procesión no espera á nadie; los que sepan cantar el *Miserere*, se pondrán al lado del padre Andrés, que yo tendré que ir detrás con la reliquia del santo.—*Otra.* Cuidado con acordarse de lo que ha predicado el padre Andrés esta Cuaresma, que á algunos les parece que en tocando á gloria tocan á pecar; pues guárdense de que yo lo sepa, que perderemos las amistades.—*Ave María Purísima.*

La procesión de mi pueblo

I

La semana que precede á la llamada *santa ó mayor*, no dan paz á la mano ni á la aguja la sobrina y la sirvienta del párroco.

¡Ahí es nada lo que tienen que hacer!... Repasar y zurcir todo el vestuario de los personajes bíblicos de alquiler que han de figurar en la procesión de Viernes Santo.

La túnica de Jesús, la de María, el ropón de Caifás, la toga de Pilatos; el equipo de los sayones... todo necesita reformas, supresiones, ó aditamentos.

Porque aunque la auténtica túnica de Jesús era inconsútil, y crecía á proporción de su divino dueño, la que guarda el párroco para tales casos, no crece cuando el que ha de hacer de Cristo es más alto que el que ejerció igual cargo el año anterior, y entonces hay que echarle un añadido disimuladito y pulero.

Y por el estilo las demás prendas.

II

Pero si mucho trabajan la fiel sirvienta y la aplicada sobrina, no se afana menos su respectivo tío y señor para organizar la piadosa comitiva.

Algunos vecinos se prestan voluntarios y gratuitos á formar parte de ella; á los más hay que cazarlos y pagarles su trabajo á costa de la cofradía.

¡Lo que suda el reverendo para elegir y contratar á algunos! Y eso que no faltan devotas que le quieren ayudar en la elección de personal, diciéndole por ejemplo:

—Señor cura; mi yerno podría salir de Barrabás, porque tiene una cara de *recondenao* y unos hechos peores que la cara.

Otra le propone que para ejercer de Pilatos escoja al barbero, por la práctica que tiene en manejar la vacía y la tohalla.

Pero él, ateniéndose á su superior criterio, desecha las indicaciones del

vulgo y escoge los procesionantes según su leal saber y entender, no sin muchas idas y venidas, cabildeos y hasta chalaneos, que de todo eso hay en semejantes tratos y contratos.

La adquisición de la orquesta no le da tanto que hacer. Conoce en la inmediata villa á un exfigle de no sé qué regimiento, que retirado hoy de la música marcial ejerce de murguista en complicidad con otros colegas.

Nuestro buen párroco va á verle y le dice:

—Oye, Cecilio: necesitamos para la procesión del pueblo una orquesta buena y barata, y te confío el encargo de organizarla.

—¿De cuántos *profesores* la quiere el señor cura?

—Yo creo que con seis habrá bastante: el trabajo que tenéis que hacer es poco. Al salir de la iglesia una pieccecita, ni tan triste que aburra á la gente y huya de la procesión, ni tan alegre que les dé ganas de bailar en semejante día. Después, por el camino, de cuando en cuando, alguna marcha fúnebre.

—¿No sería lo mismo *El Duo de la Africana*? Eso gustaría más.

—Lo dejo á tu superior inteligencia. Yo de música no sé más que algo de canto llano, y aun en eso no estoy muy fuerte que digamos. Las condiciones, las de siempre: medio dero por músico, uno de gratificación para tí, viaje de ida y vuelta en carro, gratis... para vosotros, que no para la cofradía; almuerzo comida y merienda. ¡Ah! Recomienda á tus compañeros que no abusen del vino como los que fueron el año pasado. ¡Está tan feo eso de volver del santo entierro dondo traspiés y entre aquí me caigo y allí me levanto!...

III

Llega el momento crítico. En el corral del párroco están reunidos casi todos los procesionantes, y digo casi, porque se notan importantes ausencias.

El señor cura revista su hueste llamando á cada cual, no por su nombre de pila, sino por el simbólico, ó sea el del personaje que ha de representar. Así, por ejemplo, se le oye exclamar:

—Di tú, Cirineo, ¿dónde está Judas?

—Ahí se quedaba en la taberna acabando de jugar un tute con el Mal Ladrón.

—Y la Magdalena. ¿dónde se ha metido?

—Está en el atrio hablando con uno de esos de las lanzas.

—Pues hace falta llamarlos, y avivaros todos, que yo me voy á revestir, y en seguida á la calle.

Efectivamente, poco después á los acordes ó á los desacordes de una

murga subversiva, se pone la comitiva en marcha.

Allá va Colás, el hijo del herrero, que se presta á representar al Redentor sólo porque su novia figura también en la procesión en clase de Verónica; allá va el estanquero llevando la copa de hiel y vinagre; allá va Salustiano, por mal mote *Poco pelo*, simbolizando al príncipe de los apóstoles. Y el arrendatario de consumos, que, bolsa en mano, representa al apóstol traidor; y el sacristán que ha soltado el apagador para empuñar la lanza disfrazado de Longinos; y para ¿qué seguir enumerando?

Allá van metamorfoseados en sayones y guardias romanos, por aproximación, los más habituales concurrentes á la taberna de la posada.

De repente la procesión se detiene, ¿qué ocurre?

Es Colás, que pausadamente camina con la cruz acuestas; nota que su Maruja, ó sea la Verónica accidental, en vez de ir á su lado ofreciéndole el blanco lienzo para limpiarse, se ha escabullido y va al lado de un apuesto centurión que la dirige miradas incendiarias.

¡Allí de Cristo, que le birlan á Colás su novia! Olvidándose de la mansedumbre que está obligado á simular, suelta la redentora cruz, se arromanga la sagrada túnica, se dirige á su rival y le suelta media docena de bofetadas de cuello vuelto en menos que San Pedro negó á Jesús.

Si este relato os pareciese exajerado, para convenceros de que no lo es, visitad cualquiera de los muchos pueblos de España donde se conmemora con semejantes mascaradas la efeméride más solemne del cristianismo, y veréis que no he hecho más que un ligero boceto de la realidad.

J. G.

Mis queridos compañeros de *Talión*, valiente semanario de Huesca: ¿Saben ustedes en qué estado se halla la causa por la cual estuvo preso aquel cura D. Prisco, pariente del obispo?

¿Siguen presos los que entraron en la cárcel después de salir él?

De la Hornera y la Potota ¿qué ha sido?

Y del célebre gato ¿qué fué? ¿Vive todavía? Si así fuese, sirvíanle regalarle de mi parte una cuaderña de cordilla el día de viernes santo.

LA RELIGION

AL ALCANCE DE TODOS

PRECIO: UNA PESETA

TIP. «LA ITALICA». VELARDE, 12, M. DRIED